

# IGNUR DE IORINDEL

Por Esther Cabrera Cabello

Ignur era alto y cenceño, de aspecto y carácter. De hermoso rostro, sus ojos eran negros como la brea y sus cabellos, del color del sol, estaban surcados por meandros de fría plata. No en vano decían de él que contaba con sangre de los inmortales, pues a pesar de haber cumplido los noventa aún conservaba los rasgos y la lozanía de aquel que transita por los prados glaucos de la primavera.

Moraba en una cabaña estrecha pero luminosa y bien ventilada en el límite rocoso de la aldea pesquera de Iorindel. Habitaba en paz, sin más compañía que los amaneceres ebúrneos, los crepúsculos rubescentes, las gaviotas y un viajero del que se desconocía la procedencia y la ocupación, pues se ocultaba desde la noche de los tiempos en una gruta que solo abandonaba para deambular por el extremo meridional de tan hermosa costa entonando canciones sobre dolor y pérdida.

Las playas de Belegaer no habían sido aún alcanzadas por los vientos de guerra y muerte que avanzaban desde el Este, pero, una anochecida en que Ignur estaba sentado a los pies de su casa afanado en el remiendo de las redes y en el arreglo de sus útiles de pescador, pues tal era su empleo, el crepúsculo se inflamó. Como si de una bola de fuego se tratara, surcó el cielo la luminaria más rutilante del Occidente: la Estrella de la Esperanza.

Apenas se hubo sumergido en el mar, el poniente se entristeció con neblinas oscuras y el céfiro recrudeció y se volvió gélido. Como si el mismísimo Ulmo hubiera despertado y, ennegrecido su ánimo, hubiese decidido mutar el mar calmo en tornado rugiente, las olas devoraron piedras, arena y calas y la playa se cubrió de espuma.

Ignur distinguió entonces una figura esbelta que caminaba por la orilla del océano embravecido. Era el extraño viajero, que se acercaba lamentándose y vertiendo lágrimas amargas. De largos cabellos negros, sus ojos añil profundo miraban desde un rostro de piel muy clara. Vestía una túnica verde y portaba una lira argentada tañida de hilos de oro que acariciaba con sus dedos de marfil. Sobre el pecho, de una cadena de plata, pendía una refulgente joya blanca.

Inclinándose hacia él, le mostró una de sus manos. Surcada estaba de heridas, quemada la piel formando simas que hablaban de dolor y de infamia. Sin apartarla, habló. Y los oídos de Ignur, que solo conocían la Lengua Común, comprendieron el

significado de sus palabras aun cuando eran pronunciadas en aquella propia de los sindar.

—Es el momento de partir. Eärendil no puede contener por más tiempo el timón de Vingilot. Cae el Silmaril y con él la postrera luz de Telperion y Laurelin. Se aleja de Occidente para quedar a merced de un renacido mal. *El poder más oscuro*, aquel que en sindarin es conocido como Dûr-Beleg, previendo el fin de los días, ha iniciado la búsqueda de las tres gemas, confiado en que, quebrada Arda y vuelto a renacer el confín del universo, será coronado como nuevo rey del mundo.

"Maedhros se lanzó con el suyo a una sima ardiente, morando desde entonces su alma unida al destino de la piedra en las entrañas de la tierra corrompida. De allí ha recuperado Dûr-Beleg no solo la gema, también la antigua corona que forjó Morgoth. Respaldado por todo el poder que otrora moró en el vientre de Angband, espera la caída de aquel que viaja por el cielo para unirlo al que ya posee.

"Tú, Ignur, caminarás hacia el Este y combatirás al Señor Oscuro en las Landas de Eten socorrido por la luz de los Árboles, pues portarás bajo tu protección este del que ahora te hago entrega, este que yo mismo lanzara al océano profundo y que hasta ahora ha permanecido enredado en los sargazos, disimulado, confundido con una perla más.

Depositó su colgante en las manos temblorosas de Ignur que, sintiéndose impresionado y empequeñecido por el aspecto y el elevado discurso del visitante dijo:

—Del mismo modo que a veces atrapo rocas y no pejes, hoy tú has errado tu captura. Soy un pobre pescador. Confíame una nasa, la arreglaré; constrúyeme una canoa, le daré buen uso surcando las aguas para traer comida para ti y para mí. Pero no me pidas, oh, recién estrenado amigo, que emprenda un viaje que nada tiene que ver conmigo y del que no habría de volver jamás.

El extraño, con el rostro elevado hacia las alturas, dijo:

—Igual que el hombre sabio conoce todos los caminos y elige el que habrá de guiarlo hacia su fin, así el elegido conocerá su destino en mi canción.

Habiendo pronunciado tan enigmáticas palabras, tornó lo que otrora fuera rima afligida en dulce cadencia que hablaba de albor, concordia y esperanza. E Ignur comprendió, en las notas arrancadas por tan delicados dedos a la lira y en los versos pronunciados por los labios del desconocido conforme se alejaba, que lo dicho era verdad.

—¿Cómo encontraré el camino? —preguntó cuando la figura casi se había desvanecido por entre los sillares que constituían la entrada a su morada.

—La luz de Eärendil no es la única que guía a los viajeros.

Conmovido por lo excelso del cometido que le fuera encomendado, se vio azotado por un furioso temblor. Yerto por una profunda destemplanza, con el pecho hundido por el miedo y el rostro perlado, abrió los ojos. Se incorporó muy despacio. Observó los contornos de sus pocas pertenencias devorados por la honda niebla de la noche. Se alzó acobardado y salió de la cabaña. No tardó en alcanzar su boca y sus ojos el salitre arrastrado desde el mar calmo por una suave brisa. En lo alto, si bien no tan en lo alto como siempre, resplandecía el Silmaril de Eärendil.

Regresó abrumado a su hogar.

Había sido un sueño, pero ni el velo del brusco despertar le impidió ver la gema depositada sobre su manto. El viajero había estado allí. El Silmaril de Maglor le pertenecía.

\*\*\*

Un Istar no es joven, ni viejo, es exactamente como un Vala quiere que sea.

Anna-Dûm, *regalo del Oeste*, nombre que eligieron para él y al que, en aquellas tierras habrían de conocer como Dáindrassil, ya era viejo al *nacer*, pues así lo habían dispuesto los Valar.

A Dáindrassil le hubiera gustado compartir el dificultoso quehacer que le reservaba el destino con otros Maia, tal y como sucediera en el primer milenio de la Tercera Edad, cuando fueron cinco los magos enviados desde el más Extremo Oeste para velar por Hombres, Elfos y Enanos. Ansiaba pues haber vivido un tiempo reaprendiendo las cosas, adquiriendo conocimientos, adaptándose a una vida de austeridad y devota compasión.

Habría querido allegarse a las otras razas sin necesidad de hacer alardes de poder y grandes despliegues de magia. Pero, a los pies de la amenaza más grande que se hubiera conocido jamás, no quedaba tiempo: las sombras se sacudían en el este del antiguo reino de Angmar y, con los últimos reductos de Elfos en los puestos y aldeas fronterizas y costeras dispuestos para partir y los Enanos aislados en el gozo

de los botines largamente velados bajo las montañas, la Cuarta Edad asistía a la pavorosa debacle a la que la naturaleza humana había condenado a la Tierra Media: dejando su destino en manos de reyes burócratas y corruptos, la edad del Hombre parecía tocar a su fin.

Ocupado por tan lúgubre pensamiento, no bien avistó los Puertos Grises aguardándole entre la bruma gualda del atardecer, se apoyó en el báculo y observó. Era otoño y en los árboles volcados sobre las orillas del inmenso golfo de Lune, maduraban las manzanas a la par que los caminos se alfombraban de hojas doradas y rojas. Su barco, una pequeña nave construida con los tablones más blancos que pudieron encontrar, menguó al adentrarse en la bahía, pues a ambos lados, en muelles interminables, se balanceaban no menos de veinte barcos de eslora sin fin, con mástiles elevados de los que pendían las velas como trapos inermes, pues la calma era absoluta.

Dáindrassil dejó que su embarcación fuera impulsada por el mar levemente rizado hasta uno de los atraques. Lentamente, sin ancla ni amarre, allí quedó detenido. Descendió del barco y miró hacia el Oeste. Bajo un atardecer de contornos púrpuras que pronto se transformaría en noche de luces titilantes y luna en cuarto creciente, vio cuán terrible era el destino, qué tan oscura la fatalidad que se cernía sobre aquellas tierras. Allí estaba la Estrella de Occidente, la Estrella de la Esperanza, recuerdo de la infinitud del universo y de la estabilidad de ciertas cosas. Resplandecía aún, como no había dejado de hacerlo ni un solo día desde que el Silmaril quedara resguardado en el firmamento como guía sobre ríos, campos y mares. Pero, con una espesura de brea en el corazón y el alma encogida, Dáindrassil no pudo sino advertir que, tal y como se le había participado, se encontraba ya muy cerca del horizonte, a punto de ser devorada por el dilatado piélago añil. El fin de los días se aproximaba, inexorable. Así sería si no se ponían medios.

Las primeras lucernas comenzaban a encenderse. Como llamas dispersas en una hoguera de la que solo quedan rescoldos, iluminaban el camino angosto y serpenteante que se alzaba, retorciéndose cual sierpe, entre casas de mampostería clara y vibrantes cascadas de aguas cristalinas.

Caminó como si le guiaran. En realidad, con la seguridad de un viajero que llega a un lugar conocido y muchas veces visitado tras una larga travesía. Quizás fuera

cierto que a los Teleri les era a veces concedido el raro y extraño privilegio de encarnarse en vida sucesivas. ¿Tal era el caso? Por su aspecto, bien habría podido desde luego pasar por Mithrandir, *el peregrino gris*, pues vestía una saya de ese color. También portaba un sombrero picudo y un báculo de madera clara, al modo del más conocido como Gandalf. Quizás algunos de entre aquellas gentes hermosas que habitaban los Puertos Grises le reconocieran. O quizás reconocieran en él a aquel que no sabía si alguna vez fue.

Tal pensamiento insólito le dio hambre. El largo viaje desde las Tierras Imperecederas, ya tan lejanas en su ánimo, también tenía algo que ver. Doblegado por tal debilidad, que compartía con mortales e inmortales, se preguntó si todavía en la Cuarta Edad se fumaría la hierba de la Cuaderna del Sur de la Comarca. Sacó de entre los pliegues de sus ropajes una larga pipa, ocultó con celo el bulto redondeado que portaba en una saca negra y, apoyado en su bastón, se dirigió a la primera parada en su viaje.

Encaramada a la rocosa frente del poblado se encontraba la morada del Guardián de las Naves, excelso Señor Elfo, aquel del cual se cantaban las gestas más elevadas, aquel que jamás había reclamado para sí el título de rey. Allá en lo alto, en un palacio de piedras albas orlado con agudos arcos, columnas infinitas y cúpulas de áureo resplandor, lo esperaba Círdan, con su pelo de plata y su barba, larga y afinada, rasgo tan inusual en un elfo. Su mirada era viva, como si en sus ojos residiera la luz de mil estrellas. Cubierta la espalda con un manto azul, entrelazaba sus manos entorno a un bastón tan alto como el báculo del propio Dáindrassil.

Sonrió.

—Bienvenido, Anna-Dûm. Larga y tensa ha sido la espera. He columbrado tu venida con las primeras heladas, en un tímido suspiro de escarcha.

Dáindrassil, complacido, se inclinó hacia él.

—Así que, ¿habita aún ese poder en ti?

—En efecto. Igual que la gran sabiduría atesorada a lo largo de milenios mora en mi pecho, aún me es reservada la visión de las más altas cosas en los arroyos de agua clara, en los calmos pozos, en la perlina superficie de las fuentes.

—Complace, pues, mi curiosidad y permite que con ello cumplimente mi conocimiento de lo que está por venir: ¿qué más han visto tus ojos de elfo?

El Carpintero de Barcos entornó sus iris de acero y se pronunció con voz profunda.

—He visto oscuridad. He visto sombra. He visto muerte. Arda llega a su fin, de manera prematura, fuera de toda norma, por mor de la nada más terrible, como consecuencia del fétido aliento que se arrastraba por las Landas de Eten proveniente de las Montañas Nubladas.

Dáindrassil desenvolvió entonces el escaso equipaje que portaba. Descubrió entre las telas una esfera pulimentada, de un profundo color negro, y la depositó en una de las mesitas de mármol que salpicaban la estancia. Admirado, Círdan se inclinó hacia la bola.

—¿Una de las Palantiri? ¿De dónde la has sacado?

—Altas torres, profundas simas, mareas espumantes —canturreó Dáindrassil ante el estupefacto Señor Elfo—. Perdida, disponible, finalmente encontrada.

—Su uso queda reservado a los reyes de los Hombres, a los senescales, a unos pocos guardianes. ¿Tienes acaso tú también la capacidad de observar lo que acontece al otro lado del mundo?

—Y lo que acontece en el nuestro, también.

Dáindrassil depositó su báculo en el suelo y se arrodilló frente a la piedra. No bien hubo posado sus dedos sarmentosos sobre la esfera, aquella se iluminó, primero con un suave resplandor a cuyo trasluz se intuían prados verdes salpicados de flores, campos fértiles cuajados de brotes, riscos entreverados de cantueso y pioros, cumbres tocadas por la nieve, ríos sosegados. Después recondujo la visión hacia las Landas de Eten, lugar hacia el que el mago había dirigido su mirada.

Al descansar sus manos de nuevo sobre la palantir, tan límpidas y bellas imágenes desaparecieron para dar lugar a un mar ondeante de figuras en movimiento envueltas por una bruma densa. La imagen fue tan nítida que Círdan sollozó. Dáindrassil comenzó a hablar:

—Dûr-Beleg extiende su negra pestilencia valiéndose de una tropa cada vez más numerosa. Observa. Círdan, observa. Torvos los rostros; pardas las espaldas; de hielo los ojos y los hálitos. Cubiertos de ropajes raídos. Armados con espadas forjadas en fraguas clandestinas. Protegidos por los yelmos de aquellos que, en una edad ya olvidada, combatieron a la Sombra y que se acumulaban hasta hoy en las entrañas de las antiguas fortalezas del Oscuro.

"En gran número recorren la Tierra Media arrastrándose por vados, quebradas y ríos, trepando a lo alto de montañas abruptas, reptando por cuevas húmedas, por páramos inhóspitos y también por los bosques más tupidos, donde la negritud les daba cobijo. Hombres. Elfos. Enanos. Siervos del Mal constituidos en clanes y encargados de reclutar para la causa a todo aquel que, corrompido por la opulencia y la falta de enemigos, se muestre dispuesto a alinearse con el nuevo poder.

"Uno de esos grupos mora cerca de la aldea pesquera de Iorindel. Se encuentra a la espera de que acaezca lo vaticinado por su Señor. Dûr-Beleg ha predicho la llegada de un heraldo y el despertar de un elegido. De allí no habrán de partir si no es con la cabeza de ambos en un saco.

El Istar, sombrío el tono, con el corazón henchido de desasosiego, añadió:

—Elevado llegó a ser mi ánimo. Puse el pie en tus dominios en busca de ayuda para conjurar tan fatal destino. Pero compruebo con terrible desazón que has preparado y dispuesto la partida de los tuyos hacia las Tierras Imperecederas. Tamaña flota amarrada así lo indica.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? El nuevo oscurecimiento no habrá de disiparse esta vez. Yo lo he visto. Tú lo has visto.

—¡No! Debes guiar otra vez a los tuyos tal y como hiciste durante la guerra de Arthedain contra Angmar. En aquel entonces tu ejército cruzó el Lune y marchó hacia el Norte a desafiar al Rey Brujo. Lo retó y venció, arrinconando al Mal de tal forma que estas tierras gozaron de largos años de paz ¿Por qué habría de ser esta vez tan diferente?

Círdan rio.

—Porque esta vez los Valar han mirado durante demasiado tiempo hacia otro lado; han confiado en que la paz sería definitiva, que la llegada del Dagor Dagorath era algo lejano. Sí. Alcanzaron a pronosticar que Morgoth se liberaría de su cadena, que Sauron recuperaría su poder y que los Nazgul retornarían para destruir Arda en la batalla de las batallas. Pero se equivocaron al creer que tal cosa sucedería en un futuro muy lejano.

—Puede que se equivocaran. No sería la primera vez que por dejar el devenir de este mundo en manos inadecuadas lo pusieran al borde de la destrucción. Pero buscan enmendar su error, como lo han hecho otras veces— aseguró Dáindrassil.

—¿Enviando para ello a un único heraldo? ¿Un único Istar con la misión de persuadirme a mí y después de mí a los señores enanos de las Montañas Azules? Quizás pretendas engatusar con elevadas palabras a los pocos pescadores descendientes de los dúnedain que sobreviven en las costas septentrionales, ¿con qué misión en mente? ¿Qué nos encomiendas?, ¿enfrentarnos a un poder al que no podemos desafiar? ¿Quién nos guiará?, ¿quién tendrá la fortaleza y el espíritu marcado por los astros para comandar esa expedición que tan alegremente organizas? Fracaso, eso encontrarás. Fracaso y muerte.

—En verdad sucederá tal cosa si yo no lo impido, si aquel en cuya busca he partido no logra cumplir su misión.

Círdan bajó la cabeza, cogitabundo. Paseó largo rato alrededor de la amplia estancia, entre bancos de mármol claro y escabeles de plata, entre hiedras y hojas secas esparcidas por la suave brisa como llovizna ocre. Ante el silencio, el mago prosiguió:

—Si no hacemos nada, si no intervenimos, Dûr-Beleg impondrá su reinado desde su nueva fortaleza allá en oriente. ¿Es eso lo que deseas?

—En nada me afecta. Puedo partir en cualquier momento. Siguiendo mi plan, navegarán los míos hacia el último aliento de Valinor. Llevando la herencia de las bellas gentes hacia las Tierras Imperecederas, daré por cumplida la misión de los de mi raza en estas tierras.

—¡Queda esperanza, amigo mío, yo la traigo! Cierto es que me hallo solo ante esta colosal misión. Pero no ha sido una decisión desacertada. He sido enviado a las tierras del norte, al igual que mis antecesores, pues aquí el Mal siempre ha encontrado resistencia; aquí aún quedan Hombres dispuestos a no sucumbir, algún que otro Elfo que podría ser reclutado para la causa; es este un lugar en el que unos cuantos Enanos quizás estén dispuestos a poner al servicio del bien sus mazas y sus hachas.

Círdan pareció reflexionar. Una luz de esperanza se encendió en el rostro del mago cuando comprobó que no negaba, sino que abría su discurso a cuestiones más mundanas, hacia los aspectos prácticos del encargo.

—¿Pretendes vencer solo con las armas a aquel que recuperó el Silmaril arrojado por Maedhros a lo hondo de una sima?

—Pretendo vencerlo gracias a la luz de aquel que Maglor lanzó al mar. Llegada es la hora de que repose en manos del que por derecho propio puede vencer, aquel digno de portar la luz de los Árboles. Él, y solo él, romperá la tiniebla y logrará que la Estrella de la Esperanza de nuevo fulgente se eleve en el cielo.

Círdan meditó. Mesándose la barba se inclinó de nuevo hacia Dáindrassil.

—Ese elegido del que hablas, ¿tiene acaso nombre?, ¿o es una ensoñación de aquel que una vez pensó el mundo?

El mago alzó la vista por encima del pórtico, hacia el confín solferino del firmamento. El celaje más arriba se aplacaba por fin, coronado con miríadas de fragmentos de plata. Suspiró y posó después los ojos en el suave balanceo de los barcos a los pies de la empinada ciudadela.

—Ignur, hijo de Maglor, nieto de Fëanor.

La incredulidad cruzó el rostro de facciones hermosas de Círdan.

—¿Acaso es posible que Maglor dejara descendencia?

—No solo la dejó. Él mismo vive en aquel confín, junto a la austera morada de Ignur, en lo alto de la colina de Dan-Ur-Bem, entre las ruinas de la antigua fortaleza y faro de Goleriand, entre cárdenos roquedos abrazados por el musgo gris y retorcidos sabinas, como un viajero extraño.

—El tal Ignur, ¿es Elfo u Hombre?

—Ambos a la par. Su madre era dúnedain.

Otra vez quedó el señor pensativo.

—Así que descendiente de los Hombres del Oeste y de los Noldor, qué conveniente para doblegar el ánimo de aquellos que opondrán su reticencia a abanderar una lucha que es propia, por ser su responsabilidad, solo de los Hombres.

Dáindrassil no pudo menos que sonreír. Le cambió el gesto no obstante cuando Círdan apostilló:

—Ya hay tropas de Hombres desplegadas al otro lado de las Montañas Azules y algunos Enanos en la retaguardia. No nos necesita.

—No es suficiente.

Bajando la cabeza de tal suerte que sus largos cabellos cubrieron sus rasgos, dijo en un rumor:

—He de reunirme con aquellos a los que llaman sabios. Mañana tomaré una decisión.

Dáindrassil despertó a una amanecida de trinos de pájaros, rocío en las hojas, luz anaranjada en los alféizares, risas y voces hermosas. Su anfitrión había dispuesto para él una cámara alejada de las estancias principales del palacio, con una gran terraza descubierta orientada hacia el grandioso estuario. Contempló la vida despabiándose ajena al miedo. Y tuvo fe.

Sobre una mesa chata sus sirvientes habían dejado un cesto con frutas y un ánfora de agua fresca. Con el báculo en ristre y la Palantir anudada a su cuerpo con la tela negra en la que la portara al llegar, abandonó el cuarto dando mordiscos a una jugosa manzana y descendió hacia la más grande de las estancias señoriales.

Círdan, en pie en el centro del amplio salón, se volvió hacia él. Sus ojos eran entonces amables, condescendiente su sonrisa. Los asistentes al concilio, Elfos jóvenes, otros vetustos, le dirigieron idénticas miradas y gestos afables. No necesitaba confirmación. El Guardián de las Naves se la dio, no obstante:

—Iremos contigo, Anna-Dûm, pues ese es el deseo de los Valar.

\*\*\*

Guiadas por la luz crepuscular, precedidas de un grupo que abría camino con lucernarios de cristal ambarino alzados en firmes astas, ocho compañías de Elfos armados con sus hermosos arcos, tahalís adornados por las más bellas filigranas, cascos y armaduras bruñidas hasta relucir, emprendieron el camino hacia el norte por una senda de piedras albas.

Abrazados por un sol cada día más pálido y anocheceres más oscuros, durante tres jornadas atravesaron espesos boscajes en los que se vieron sorprendidos no solo por aquellos cuya presencia temía Dáindrassil: también orcos y trasgos habían tomado posesión de algunas tierras entre el confín septentrional del golfo de Lune y las primeras estribaciones de las Montañas Azules. Así hubieron de combatir mucho antes de lo esperado. Pero no decayó su ánimo, pues no fueron pocos los Enanos que, abandonando la protección de sus grutas, se incorporaban al paso del nutrido grupo.

Mermados apenas, llegaron por fin a las proximidades del Belegaer: al cuarto amanecer, poco antes de que el sol saludara los yelmos brillantes cubiertos ya de

sangre negra y temor, avistaron Iorindel, donde pareciera que Ignur les estuviera esperando.

Escotado por aquellos a los que había reclutado por su cuenta tras la inopinada visión, se acercó a lomos de un caballo pardo de frente blanca y ojos vivos. Dáindrassil y Círdan echaron pie a tierra, y se conmovieron al comprobar que aquel sencillo pescador vestido con ropas viejas, manto rasgado y armas oxidadas había colgado de su cuello la piedra blanca y refulgente que debía guiarlos.

—Ignur, hijo de Maglor, nieto de Fëanor —lo saludó el vetusto elfo con una leve inclinación de cabeza—, ya que compartes sangre con los míos y procedes de una elevada estirpe, he aquí casi diez centenas de los más avezados guerreros dispuestos a servirte.

—Con gozo acojo la oferta y observo que hay entre los tuyos algunos de muy escasa altura. ¿Fallan mis ojos o también los Enanos se han unido a la causa?

Círdan observó oblicuamente a aquellas compañías y afirmó:

—Ningún placer me reporta que anden a la zaga de mi hueste, pero, llegado el caso, también nosotros aceptaremos gustosos sus mañas para la guerra.

Entonces Thrûor, descendiente directo de Durin VII, aquel que reconquistara Moria para los Enanos una vez libre del Balrog y de los orcos, y que ostentaba la dignidad de señor entre los que habían sido convocados, prorrumpió en un gorjeo alegre alentado por sus palabras:

—Enemigos encarnizados somos de orcos, trolls y otras criaturas malignas, y muy especialmente de los dragones. Y con gozo ponemos hachas y vidas a disposición de aquel que habrá de guiarnos a la última de las moradas del Oscuro. Gritemos, hermanos, elevemos cánticos de acero y hierro. Corazas y piedras, mazas y martillos. He aquí el poder de aquellos a los que llaman gentes pequeñas.

Dáindrassil esperó entonces a que Ignur, sobrecogido el rostro y velados los ojos con lágrimas de afecto, descendiera de su montura. Hallándose delante de él, le manifestó su respeto con un beso en la frente.

—Dáindrassil me llaman —se presentó—. Mensajero y guardián venido del más lejano Oeste. Muéstrame tus manos para que puedan mis ojos comprobar que, en efecto, me encuentro ante aquel al que los guardianes de Arda designaron como defensor de tan admirable causa —Ignur las tendió, con las palmas hacia arriba, y el Istar las tomó entre las suyas. Con júbilo anunció: —. He aquí Ignur de Iorindel, he

aquí sus manos, limpias, sin marcas. Tú, que has tocado la luz de los árboles de Valinor, no has sufrido daño alguno. No ha recaído sobre ti la maldición de Mandos. No ha ardidado tu piel ni se ha abrasado tu carne, no te ha alcanzado la terrible quemazón de la condena. Eres digno, Ignur, en consecuencia, de portar el Silmaril de Maglor, pues te pertenece como hijo suyo que eres, hasta el campo de batalla y allí arrebatado al maligno la gema que con tanto orgullo luce ante sus aliados. Solo a ti se te ha reservado el privilegio de cumplir la misión de poner a salvo la luz de los Árboles para que, quebrada Arda en el fin de los tiempos, sea devuelta a los Valar.

Apenas hubo rozado el alba las crestas de las montañas con sus dedos rosados, partieron en busca de su destino, recorriendo las sendas despejadas en los días de claro rubor y las noches asaetadas por estrellas rutilantes, ascendiendo rampas que se elevaban hacia los cerros para después quebrar hacia profundos desfiladeros, vadeando corrientes rumorosas, calmos arroyuelos, vastas praderas y densas espesuras. En los recodos oscuros de los senderos reconocían con espanto las voces broncas de los orcos. Sobre ellos vertían flechas empenachadas de negro, como lo era la sangre que teñía las espadas de los compañeros de Ignur al finalizar las escaramuzas.

Al tercer día, hallándose agotados y pesarosos por la dura pelea que hubieron de enfrentar apenas descendidos los taludes de las faldas de las Montañas Azules contra aquellas compañías de servidores del Mal que habían atacado su retaguardia desde que salieran de Iorindel, atravesaron las colinas del Crepúsculo y acamparon en el confín meridional del lago Evendim.

Lo hicieron cerca del nacimiento del río Brandivino, en una pradera espesa en la que aún brotaban flores y se avistaban cultivos de frijoles y linaza, apartados apenas dos millas de las ruinas de Annúminas, aquella que fuera la esplendorosa primera capital de Reino de Arnor, reconstruida por Elessar en los albores de la Cuarta Edad y que desfallecía de nuevo. Arrasada por la indolencia y el abandono de los últimos de entre los dúnedain, los antaño recios muros se despeñaban hacia las aguas. Nada quedaba de sus palacios y altas torres.

Devastado por la visión de lo que la decadencia de los Hombres había llevado al confín septentrional de la Comarca, Ignur se apartó, cansado y pensativo, de sus tropas. No habiendo más que recorrido unas decenas de metros por la vereda de rocas

grises y matorrales espinosos dejada a sus espaldas apenas una hora antes, vio deslizarse una imagen divina entre las sombras del bosque. Se escondió. Y tuvo una visión perturbadora a la par que hermosa.

Como un corzo, saltaba de roca en roca y se deslizaba después entre robustos robles y amplios helechos. Rubios e infinitos eran sus cabellos, de esmeralda su mirada, de nieve su tez. Vestía parte del manto celeste, pues se envolvía de oscuro con mil cristales de estrella. Habiéndose prendado de inmediato, Ignur aguardó a que la desconocida se hallara cerca para salir de nuevo al camino. Apenas le hubo visto, tomó las manos de él entre las suyas y le preguntó:

—¿Eres aquel al que llaman Ignur?

Sintiéndose venturoso y de súbito henchido de amor, asintió.

—Decidme, ¿quién sois?

—Me conocen como Ilmarë, *luz de estrellas*, dama de Varda. Es ella quien me envía. He aquí *Giliath*.

De entre sus ropajes extrajo una vaina hermosa, una funda de la más fina piel adornada de lágrimas de cárabe y piedras de luna, por cuyo extremo superior asomaban la empuñadura y la guarda plateada de lo que se intuía como una majestuosa espada. Tomándola Ignur, la extrajo y elevó ante sus ojos. La hoja era de luz pura, brillante como la más alta estrella, no deslumbraba si bien refulgía como llama.

—Dime, Ilmarë, ¿eres acaso la luz de la que mi padre habló antes de partir? ¿aquella que habrá de guiarme cuando me halle perdido?

—Así es, Ignur —reveló ella, dejando caer sus leves cabellos rubios sobre el rostro del pescador que, desfallecido, se había postrado a sus pies descalzos—. Y esta espada, forjada por aquellos que dieron el primer aliento al mundo, tuya es para combatir el Mal que nos acecha. Porque, así como tu destino está vinculado a la luz de Arda, esta espada lo está a los Dos Árboles y por tal causa ha de responder a los designios de aquel que porta el Silmaril sin daño por no haber pronunciado el juramento, por haber quedado alejado de la maldición.

Volviéndose entonces Ignur hacia el ejército que lo acompañaba, contempló con regocijo que donde otrora hubo rostros grises, donde antes las bocas se curvaban hacia abajo, eran ahora risueñas las muestras del resurgir de la luz de Valinor. Pudo advertir que, el miedo que había anidado en el corazón de algunos, por fin se había disipado. Él mismo, viéndose colmado por el más grande de los afectos hacia Ilmarë

y, conmovido por el amor hacia aquellos Hombres, Elfos y Enanos que lo acompañaban, los invitó a proseguir.

Cabalaron durante cinco días por cañadas anegadas en las que brotaban berros, nenúfares y otras plantas acuáticas, desfilaron al borde de barrancos profundos y a través extensas llanuras deshabitadas. Tras salvar una sucesión de colinas chatas y desnudas, dejaron atrás los *muros de los muertos*, reliquias de la también nuevamente arrumbada Fornost.

Seis amaneceres después de vadear el Brandivino, desapareció el celaje claro. Las nubes blancas se disolvieron en una creciente luz gris y las estrellas desaparecieron ahogadas por los vapores plúmbeos que surgían del suelo en forma de espesa bruma. Ya no había sol ardiente y enrojecido, ni crepúsculos purpúreos, solo negritud vomitada por colinas de lava en forma de nubes de ceniza. Columnas de humo, golpes de fragua, bramidos de dragones. Todo páramo inhóspito. Todo árbol quemado y retorcido. Todo tierra quebrada y herida. Ni un rastro de vida. Ni un trino de pájaro, solo retumbos y ulular de cuernos. Quebraba Arda al escuchar el avance de las huestes de Dûr-Beleg entonando cánticos de muerte.

\*\*\*

Se encontraron ambos ejércitos en una de las llanuras baldías que conformaban las Landas de Eten, transformadas en campo de batalla bajo el aleteo de dragones y seres de la noche embravecidos en el estruendo de un orbe estremecido por el grito descarnado de las hordas malditas.

En un flanco de la tenebrosa milicia de Dûr-Beleg se desplegaban aquellos que una vez fueron pacíficos pobladores de la Tierra Media y que se encontraban sometidos y atrapados por el más negro de los alientos. Túmulos de nada bajo mantos oscuros. En el otro, licántropos, orcos, trasgos y todos los inquilinos deformes del Bosque Negro que las sombras habían podido reclutar.

Adelantada a todos, la bestia más aborrecible jamás vista. Ninguno de los antiguos habitantes de las entrañas de Angmar parecía haber participado de su creación, pues era todos y a la vez ninguno. De cuerpo aherrojado con cadenas de hierro sobre un armazón de escorias de acero, fauces de lava y colmillos llameantes, portaba por jinete al más temible de los Señores de la Sombra, el que se había dado a conocer

como *El poder más oscuro*. Se alzaba sobre su grupa, con un látigo de fuego en la diestra y una maza de magma en la zurda. Sobre la frente, engarzado en la corona de hierro recuperada del vientre cavernoso de aquel desierto corrompido, el Silmaril que una vez perteneció a Maedhros.

Con su ejército de terror abarcaba varias millas a los pies de los suaves montes que una vez fueron herbosos y que ahora escupían fuego.

Sobrecogidos, aquellos que partieron de las costas y montañas occidentales siguiendo al hijo de Maglor, siendo apenas una vez mil y cuatro doscientos más tres decenas, temieron.

E Ignur sintió miedo por ellos. Así se lo hizo saber a Ilmarë, que lo escoltaba alzada a la grupa de su propio caballo, y a Dáindrassil, que no se había separado de él desde que dejaran atrás las ruinas de Annúminas.

—Hace mella en mí el más profundo de los temores, la más grande de las dudas.

—El pavor ha de sobrecogernos necesariamente a todos —observó Dáindrassil, con la mano posada en el hombro de Ignur—. Pero la luz de Valinor te guía. Cuentas con la contenida en el Silmaril de Maglor y la fuerza de la atrapada en *Giliath*. Que no se sobrecoja tu ánimo ni merme el arroyo de tu corazón ahora que te encuentras al inicio del camino.

—¿El inicio?, ¿no será quizás el fin?

—Inicio y fin es lo mismo en estos tiempos que nos ha tocado vivir. Aquí llegan tus tropas dispuestas a vencer al Mal. Pero, aunque el Mal sea vencido, otra vez regresará para ser subyugado por otros.

—¿Qué sentido tiene, pues, enviar a la muerte a tantos Hombres, Enanos y Elfos?

—¿Qué sentido tendría dejar que otros tantos claudicaran a la nada, al terror, a la bruma absoluta y hubieran de vivir subyugados hasta el fin de los días?

Habiendo hablado así, la primera luna del otoño asomó su pálido rostro creyente entre un quiebro de nubes. Y fue aquella para Ignur la llamada al combate.

Círdan condujo sus tropas al encuentro de las compañías de orcos y Hombres enemigos de los Dúnedain que combatían a la diestra de Dûr-Beleg. Volaron las flechas, cercenaron las espadas, golpearon los martillos los yelmos y corazas brillantes, las cotas de malla oscura. Trenzada fue la lucha entre los Elfos y aquellos otros que se habían apostado a la sombra de lobos de fauces inmensas y dragones de aspecto

fiero. Muchos fueron los que cayeron en los primeros instantes de la batalla, pero ante el ardor con el que el Carpintero de Barcos, el mismo con el que otrora condujera a las tropas en su lucha contra el Rey Brujo hasta hacerlo retroceder a sus oscuros dominios más allá de las Montañas Nubladas, fueron muchos lo que se dispersaron y huyeron como la carroña que eran en busca de una protección que aquellas landas extensas no podían ofrecer. Cayeron a simas, quemáronse en el fuego que ellos mismos habían contribuido a liberar y se elevaron como columnas de humo.

A la zurda de *El poder más oscuro* se desplegaron, en angustioso número, trasgos y orcos desprovistos de toda preocupación por su propia supervivencia. Aquellos fueron no obstante engullidos por tres compañías de Enanos de aspecto fiero, robustos, corpulentos y más fuertes y recios que el resto de las razas, capitaneados por Thrûor y otros dos de los señores Enanos de las Montañas Azules. Con sus mazas puntiagudas y hachas forjadas por sus corazones de roca, descabezaron y desmembraron, uno por uno, a aquellos que osaron confrontarlos.

La lucha rugiente hacía sangrar la tierra, tapados los oídos tenían las montañas ante el estrépito de los golpes. Ambos ejércitos se topaban, envolvían y rechazaban como orilla y ola de un mar embravecido. Los aliados del hijo de Maglor sucumbían, en menor número como habían acudido a la liza, y la desesperanza hacía mella mientras el sol viajaba hacia el crepúsculo en una noche de sangre y fuego, postrera esperanza disuelta en los bocados de los animales de las sombras y el pútrido aliento de aquellos enemigos que los hacían caer a sus pies.

Y fue en medio de una nube de pavesas, escorias y polvo, que Ignur y Dûr-Beleg se encontraron. *El poder más oscuro* lanzó hacia él su látigo. No bien hubo recibido tamaño castigo, sangrante su coraza y descarnados sus brazos, Ignur, herido de muerte, cayó al suelo.

Hallándose mermado y a merced de su enemigo, el Silmaril de Maglor comenzó a refulgir con la fuerza de mil astros sobre su pecho teñido. Deslumbrado, Dûr-Beleg también fue a tierra, pero, como quiera que el enviado por la Sombra era más grande y alto que Ignur, ningún mal le hizo combatirle a pie, mucho menos que, con *Giliath*, el pescador abatiera a su terrible cabalgadura de un corte cierto en la testuz cuando se disponía a aplastarle.

—Has vivido más tiempo del esperado —bramó la voz cavernosa de aquel ser inmundo, tan cerca del rostro de Ignur que su hálito corrompido le infectó los sentidos, dejándolo ciego—. Pero este es el fin del hijo de Maglor, del Silmaril y de la Tierra Media tal y como hasta hoy ha sido conocida.

Dûr-Beleg posó la mano sobre la piedra e Ignur, en medio de la negrura que ya le anunciaba la muerte, habló con la sabiduría de los grandes guerreros:

—Heme aquí, a los pies de mi enemigo, al final de todas las cosas. Y aun aquí, en medio de la condenación de la guerra, del fragor del metal y de la sangre, veo tras mis párpados la esperanza; la contemplo en las praderas verdes de la Comarca, en los picos nevados del Caradhrás, en los lagos zarcos de Rivendel, en los páramos extensos de Rohan, en los ojos centelleantes de los habitantes de todas esas bellas tierras. Y esos relumbros de vida no son otra cosa que luz. He aquí la proveniente de Valinor. Reside en mí y en esta espada forjada al otro lado del vasto océano.

Habiendo pronunciado tales palabras se arrodilló. Su verdugo, embravecido por lo que semejaba rendición, se inclinó hacia él con la maza de lava en una mano y el látigo de fuego enervado. Ignur alzóse entonces con *Giliath* sobre su frente y de un tajo certero, hizo rodar la cabeza de *El poder más oscuro*.

El fin de la batalla fue inmediato. Los vivos huyeron, los muertos se transformaron en polvareda y pavesa. Y el Silmaril de Dûr-Beleg se desprendió dócilmente de la tiara para rodar a los pies de Ignur, que respiraba las últimas bocanadas de aire de su existencia.

Ilmarë se postró junto a él y tomó ambas gemas, la que portaba cubierta de sangre sobre su corazón herido de muerte y la que había huido de la testa de Dûr-Beleg al quebrar la corona.

—He aquí las gemas del fuego y el mar —dijo, refulgentes en el centro de la anochecida oscura sus ojos y sus cabellos de oro—. Depositadas quedan en sabias manos hasta el día en que el nuevo comienzo de Arda sea imaginado por Illúvatar. Círdan, Guardián de las Naves, partirás con cuantos Elfos del más Alto Linaje deseen acompañarte, así como con aquellos que ya no quieran permanecer en esta tierra percedera y lo llevarás contigo. Dáindrassil, en tus manos queda la custodia del segundo, en la Tierra Media ha de permanecer, pues por los hados es sabido que nunca han de abandonarse del todo la vigilancia y la necesidad de poner luz donde rebrote la tiniebla.

Ilmarë derramó entonces lágrimas.

—Ignur de Iorindel, hijo y nieto de los más grandes Elfos —dijo inclinándose hacia él para besarle la frente—. Ha sido designio del destino ingrato que hayas expirado a los pies de la doncella de Varda, aquella que hallábase dispuesta a recorrer junto a ti cauces de plata, bosques espesos, prados reverdecidos y océanos de espuma, aquella a la que llamaron Ilmarë y dotaron de los más elevados poderes curativos que nada pueden hacer cuando la muerte ya se ha posado. Pero no has de temer, de mi mano habrás de viajar a las estancias de Mandos: porque la luz de Eärendil no es la única que guía a los viajeros.